

El mentidero de la Villa de Madrid



Mentidero de las Gradass de San Felipe el Real

Nº 692 – Martes 8 de Noviembre de 2022

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **El trotamundos**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Yo, ciudadano de Roma**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **Sectarismo y maldad**, *Gerardo Hernández*
- ✚ **Tertulias**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **El safari del doctor Sánchez**, *Sertorio*
- ✚ **A Sánchez de doblan el brazo**, *Esperanza Aguirre*
- ✚ **El manicomio globalista**, *Alonso de Mendoza*
- ✚ **Inauguración monumento a la Legión**, *Rafael Dávila Álvarez*

El trotamundos

Emilio Álvarez Frías

Sin duda Pedro Sánchez debe andar muy próximo de ocupar, si no lo ha conseguido ya, el primer puesto en el Guinness de jefes de gobierno en viajes al extranjero, pues no para de andar de acá para allá, unas veces solo, otras con una amplia tropa de asesores y unos cuantos empresarios –una docena como mucho en un séquito amplísimo–, para un encuentro justamente con empresarios e inversores de los países visitados, y en algunas ocasiones acompañado por Begoña, lo que da al viaje el complemento de casi representación de Estado, que es por lo que se perece.



Del fruto que produce el desplazamiento de tan importantes personalidades nunca se sabe nada, salvo el discurso que Pedro tiene el placer de soltar en la reunión empresarial de personal de ambos países, y que TVE nos coloca en uno o dos telediarios para nuestro asombro y para que veamos cómo el presidente se las ventila con aquellos personajes.

Nunca en España ha sido necesario que el jefe del Gobierno visitara a tanta gente, mucha de ella irrelevante, para conseguir establecer importantes supuestas relaciones comerciales entre España y los países visitados, convenios necesarios de diferentes características, hallar puntos en los que afianzar buenas relaciones con esos estados, etc. Creo que para ello no hacía falta la visita del jefe de Gobierno. Porque, ¿para qué están los embajadores, los diplomáticos agregados de los diferentes asuntos o negocios, los ministros? Casi estoy seguro de que nunca ha sido necesario viajar tanto los jefes de Gobierno de España; aunque sí puede ser necesaria la visita del jefe del Estado en momentos puntuales, ya que ello representa otro corpus, para dialogar sobre temas distintos o aparentemente distintos, y a otro nivel.

Es éste un buen día para aproximarse al mentidero del *Jardín de Invierno del Hotel Palas*, pues dado como andan los enfrentamientos en el Parlamento y los toques que dan la Bolsa y el Banco de España, entre otros muchos, es seguro estará que arde pues sus señorías trinarán y los que manejan los dineros bufarán sin miramientos.

En ese momento tenía la palabra Rodrigo de Peñalba, Parlamentario del PP de los antiguos, quien opinaba que...

–Quizá es que el mundo estaba más tranquilo, aunque es difícil asegurarlo. Pero echando la vista atrás, podemos ver los viajes realizados por Franco durante 40 años. Y los que hacía



eran de Estado como podemos leer en la prensa de su tiempo e incluso en no pocos libros editados sobre aquellos años... claro que él recogía en sí la presidencia del Consejo de Ministros y la del Gobierno de la Nación.

–Y que lo digas –saltó cortándole la palabra Santiago Alcaraz, de la misma cuerda–. Según contaba mi abuelo fueron tres los viajes que hizo al extranjero. El primero a Hendaya a charlar con Hitler, quien lo recibió con un profundo cabreo por el retraso con que llegaba, debido a los trenes de entonces que no eran precisamente el AVE, viaje que utilizó para dar un buen capotazo al Führer y decirle que España no entraba en la segunda que él tenía entre manos. El segundo a Italia a entrevistarse con Mussolini, chupándose más de mil kilómetros en coche hasta Bordighera, en la Riviera para hablar de cómo iban las cosas, pues Mussolini ni le mencionó que España no estaba tomando parte en la guerra. Al regreso hizo un desvío hacia Montpellier para saludar a su amigo Philippe Petain, con el que había coincidido en África. Y pasados ocho años fue a Portugal a entrevistarse con Antonio de Oliveira Salazar, viaje que hizo en barco desde Vigo a Lisboa.

–Efectivamente. Y el único viaje en avión que realizó fue para incorporarse al «ejército nacional», volando en de Las Palmas a Casablanca y Tetuán. Anteriormente había hecho otros viajes a Francia, Alemania e Inglaterra por cuestiones militares –remató Méndez Rodríguez, socialista de toda la vida.

–Pero en los viajes de reuniones comerciales, financieras, culturales, miliare, incluso a la ONU y demás encuentros que a lo largo de cuarenta años pudo tener representando a España buscó, siempre buscó, para que la representaran, a los españoles más prestigiosos y concedores de los temas a tratar, a las mentes más cualificadas –señalo Crispín Fernández, directivo de la Bolsa...

–Es más –lo interrumpió Pérez de la Dehesa– En España se firmaron numerosos pactos como el de Madrid en 1953 con Estados Unidos, y acuerdos de todo tipo con numerosos países, y en 1950 consiguió que la ONU levantara la oposición por el empeño de algunos países –siendo Israel de los más persistentes– aduciendo que había colaborado con Hitler y Mussolini, lo que no fue cierto, pues en todo momento se negó salvo la participación de la División Azul en el frene de Rusia, en ninguno más. Contando con la visita que hicieron a España varios jefes de estado y numerosos miembros de sus gobiernos.

Ya nos gustaría seguir con las intervenciones de las personalidades que tomaban una copa en el mentidero del *Jardín de Invierno del Hotel Palas*, pero el espacio es limitado. Mas para terminar sin preocupaciones y dolores de cabeza cerramos estos apuntes con una intervención que más parece un chascarrillo:



–Me vais a perdonar cambie de tercio para tomar aliento –salta el parlamentario Juan de las Tres Selvas–, pero ¿habéis presenciado alguna vez un espacio tan generoso como el que TVE dedicó en el telediario de la noche del pasado día 3, a la despedida del futbolista Gerard Piqué? Increíble. Bien satisfechos estarán los catalanes al respecto. Además, hay que reconocerlo, fue realmente magnífico, como lo saben hacer en esa casara cuando quieren. Esperamos que la despedida de Pedro de la gobernanza de España sea tratada con la misma magnificencia, cosa que no sucederá con lo que el país más necesita en estos momentos: una atención plena, una información generosa de lo que hay que hacer para que el país salga de los rastrojos por los que camina, un potente toque de corneta para que todos los españoles se den cuenta dónde están y que, sin falta, han de ponerse firmes para enderezar las instituciones patrias; todo ello reflejado en esa televisión que ahora se muestra tan servil, y con el fin de que nadie esconda el rabo.

Sin duda es bueno escuchar a los españoles en general, a los que andan por la calle, a los que lo hacen jugando a las cartas o tomándose una cerveza, a los que se desfogan al salir del Parlamento u otro lugar de la misma horma.

Yo, ciudadano de Roma

Manuel Parra Celaya

He resistido la tentación de volcar en este primer artículo de noviembre, a modo de desahogo, la obligada contención ciudadana que muchos españoles observamos a duras penas ante temas como la reiteración del ritual sectario de las profanaciones de sepulturas –acompañada de un ominoso silencio por parte de la jerarquía católica–, el intercambio de apoyos y votos por modificaciones en el Código Penal, el chalaneo con delincuentes fugados en el extranjero (¿qué se apuestan a que los veremos pronto recorrer en triunfo las calles de Barcelona?) o la situación de precariedad y pobreza en la que viven muchas familias, denunciada por *Cáritas* en su último informe.

Desistiendo, pues, de tratar estos temas, que seguro merecerán mejores comentarios de expertos, he preferido recordar con gozo una de las mejores experiencias personales de mi reciente andadura otoñal por la Vía de la Plata del Camino de Santiago; seguro que don Eugenio d'Ors me ha repetido al oído aquello de «no querer nutrirse con la historia: *dispepsia*» (y no digamos de nutrirse de la política al uso) y me ha llevado por los caminos de su querido Clasicismo.

Una maravillosa experiencia, inolvidable, fue pasar bajo el arco de Cáparra al amanecer, tras haber salido de La Oliva de Plasencia con noche cerrada



aún y con el frontal alumbrando la senda que transcurre por la finca de *El Baldío*, con letreros avisadores de *ganado bravo*. Las primeras luces del día mostraban la majestuosa mole del gigante cuadrifonte.

Para quienes desconozcan esta maravilla arqueológica diré que Cáparra fue una ciudad romana que alcanzó su emporio a finales del siglo III, con una extensión de 16 hectáreas en su perímetro

amurallado, pero con muchas construcciones fuera del propio recinto; dicen las crónicas que había alcanzado la condición de *municipio de derecho latino* en el año 74, con Vespasiano y que pervivió hasta la Edad Media; las primeras excavaciones datan de 1929 y tuvieron su mayor empuje a partir de los años 60; luego, al adquirir los terrenos la Diputación de Cáceres en 1988, se fue descubriendo lo que hoy está a la vista. Pero, para no aburrir con otros datos, solo añadiré que siempre me ha dado en la nariz que la película «*Gladiator*»

se tuvo que inspirar en estos lugares cacereños... Su arco tetrapyllo (de cuatro entradas) es único en España, y solo existe otro en el mundo, en regiones de Oriente de cierta inseguridad actual para los turistas occidentales.

Antes de continuar por la Cañada Real hacia Aldeanueva del Camino –casi a las puertas de Castilla– el arco de Cáparra fue, así, descanso obligatorio para el peregrino, con grato cobijo bajo su bóveda; no pude evitar que creciera una sensación que ya me venía acompañando a lo largo de todo el Camino, sobre la antigua calzada romana (de ahí viene lo de «*plata*», que no se refiere al metal, sino de la voz árabe «*balata*», *camino empedrado*), que pasa junto a las ruinas de Itálica, marcada por *miliarios*, respetados por el tiempo o reconstruidos por amantes de la historia de verdad. Ante cierta sorpresa de mi esposa y de un peregrino brasileño, acompañante ocasional de la ruta, exclamé en voz alta. «*Yo, ciudadano romano*», nuevamente inspirado por el Maestro Ors.

Y, ya con la mochila a hombros y recuperada la andadura, en silencio, continuaba en mi mente esta inspiración, con referencia a aquellos eones o constantes de la historia: el de Roma (símbolo de la unidad) y el de Babel (de la dispersión); me solidarizaba, por supuesto, con el primero de ellos, y pensaba en esta España de hoy, cuestionada a diario en su integridad por algunos



de sus hijos; y en esta Europa, cuya supuesta *unión* no deja de ser un formalismo de Bruselas y de sus burócratas; y en el ser humano de cualquier latitud, *desarmonizado* de su entorno, de sí mismo y de su destino trascendente.

Sí, *ciudadano de Roma*. Parecidas sensaciones he tenido cuando he visitado Roma, o Trento, o Verona, o Viena, o Múnich..., donde me he considerado siempre en mi propio hogar. Español e hispano y *ciudadano de Europa*, a la vez, con ansias de universalidad. Y, también mentalmente, maldecía –o me compadecía– de los nacionalismos y localismos exacerbados, de todos aquellos que tienden a separar a los seres humanos y

a levantar vallas infranqueables entre dos terruños, que viven apegados a lo telúrico y no a lo universal; me compadecía de quienes se dejan llevar por los silbos de la desunión que suenan en cada Pequeña Aldea, y, al mismo tiempo, renegaba de la interesada ficción de la Gran Aldea globalizada, que es cabalmente lo contrario de esa universalidad, o Catolicidad, que es lo mismo.

Días antes de esta experiencia en tierra extremeña, a punto de iniciar este Camino, había visitado el Archivo de Indias de Sevilla, con una exposición dedicada a Elio Antonio de Nebrija, y entonces había repasado en mi recuerdo aquella dedicatoria de este autor «*a la muy alta y así esclarecida princesa Doña Isabel*», la que, en su testamento, había asegurado los derechos

humanos de los indios, la que, junto a su esposo, el sagaz aragonés Don Fernando, había sentado las bases de la primera unidad del orbe cristiano al compás de un inicial Renacimiento, la que había creído las fantasías del Genovés y patrocinado la empresa que llevó a un Descubrimiento, bajo los emblemas unitarios de la *piña y del haz de flechas*, símbolos del eón de Roma orsiano.

Bajo el arco de Cáparra, en un amanecer de otoño, uno se olvida del cansancio del Camino, del de la vida y del que producen las malas noticias en los telediarios; los sillares venerables compensan de sobra los constantes disgustos, tropiezos y rasguños que ocasiona el mundo político de nuestros días.

Sectarismo y maldad

Gerardo Hernández

He esperado que transcurrieran unos días antes de escribir este artículo, para poder hacerlo desde la ponderación y la serenidad posibles y no desde la irritación propia de los momentos inmediatamente posteriores al conocimiento de la noticia.

Ya sé que, desde entonces, se han escrito varias cosas sobre el tema, como el acertado artículo de Guadalupe Sánchez, titulado «Matar a un niño», reproducido en el nº 691 de esta misma publicación, pero



no me resisto a la tentación, desde mi modestia, de aportar mi particular reflexión sobre el asunto.

El lunes día 30 de octubre, la Policía descubrió el cadáver de la pequeña Olivia García, asesinada (presuntamente) por su propia madre, al saber que había sido adjudicada la custodia de la menor a su padre.

Pues bien, hasta transcurridos varios días y sólo, ante la presión de la oposición parlamentaria, los medios de comunicación y la propia opinión pública, ni el Ministerio de Igualdad, tan activo cuando se trata de agresiones por parte de los

hombres, ni mucho menos su titular, Irene Montero, habían hecho la menor alusión al asunto, aunque si hubo una condena inmediata y comprensible ante la muerte de una mujer a manos de su marido en Valencia de Alcántara. Un vergonzoso y vergonzante silencio cubrió, desde ese ministerio y por parte de esa ministra, la muerte de la pobre niña.

El Ministerio de Igualdad contabiliza con precisión los crímenes cometidos por los padres contra sus hijos, pero se desentiende de éstos cuando son cometidos por mujeres

Dos días han tenido que transcurrir para que Irene Montero haya mostrado, aunque con una cierta sordina, su repulsa por la muerte de la menor.

En nuestra opinión, esta insensibilidad no es casual. Entra en juego la ideología y el oportunismo político. Cuando la agresión parte de un hombre, las condenas más enérgicas y contundentes surgen inmediatamente, pero este comportamiento no se da en la misma medida cuando la agresora es una mujer. Para esta ministra y su Departamento, los hombres son, por principio, culpables, pero para las mujeres resulta insoslayable la presunción de inocencia.

Parece que siempre, siempre, son los hombres los principales victimarios y sin embargo los datos, facilitados casi a la fuerza, por el Ministerio de Justicia, ponen de manifiesto que, desde el año 2007, en España se han dictado 26 condenas a madres por el asesinato de sus hijos, mientras que el número de los hombres condenados por la misma causa ha sido de veinticuatro.

Otros datos referidos, por ejemplo, al año 2019 sobre niños víctimas mortales de violencia en España ponen de manifiesto que, en total, fueron 24 los casos confirmados, de los cuales, hay 2 que se corresponden a suicidios como efecto directo del acoso escolar. Descontados los suicidios, el número de niños, niñas y adolescentes asesinados en 2019 fue de veintidós.

De esas 24 muertes violentas, 9 fueron niñas y 15 niños, que se refieren a 22 sucesos, ya que dos de los casos fueron dobles.

La edad media de las víctimas es de 8 años y cinco fueron recién nacidos. Considerando aparte los dos suicidios y los cinco neonatos, resta un total de diecisiete víctimas mortales.

La mayoría de esas 17 muertes violentas lo fueron –presuntamente– a manos de las madres. Ocho de ellas mataron a 10 menores y 6 padres lo hicieron con 7 menores.

Todas estas cifras son o deberían de ser inasumibles pero la realidad es la



que es y resulta superior la cifra concerniente a las madres. ¿Qué ocurre?, ¿se manipulan o se ocultan deliberadamente los datos que son desfavorables para sus objetivos y propósitos evidentemente sectarios?

A los efectos sobre los hijos de la violencia ejercida por sus mayores se denomina «violencia vicaria» pero, ¡qué casualidad!, según

la página web del Ministerio de Igualdad, conforme recuerda Guadalupe Sánchez, *la violencia vicaria es un tipo de violencia machista que sufren las mujeres, y también sus hijos, en la que el varón usa a los menores como instrumento para hacer daño a la madre. ¿Sólo cuando la ejerce el hombre?, ¿y cuando lo hace la mujer? Ni siquiera lo contemplan en su definición. ¿Siempre la violencia es machista y nunca feminista; no hay madres que quieran, como en el caso de*

Olivia, hacer daño a los padres? Está claro que la ideología se impone sobre la realidad y la visión rigurosa y objetiva de la misma.

Irene Montero y las suyas se arrojan la defensa de los derechos de la mujer. Y Olivia, ¿no era también una mujer? Una mujer de seis años, pero, una mujer, al fin y al cabo. Pero como la causante de su muerte es otra mujer, a sus efectos parece que no cuenta.

Con comportamientos así y en relación con lo ocurrido en éste, y en otros casos semejantes, se podría pensar que Irene Montero y sus secuaces han confirmado que los suyos, además de propios de sectarios radicales, lo son de malas personas.

No sabemos cuál será el resultado de la acción judicial en este caso, aunque no han sido pocos en los que ha prevalecido la influencia de la ideología.

Confiamos en que la causante de la muerte de la niña reciba el castigo que merece, aunque, tratándose de lo que se trata, tampoco nos extrañaría que el gobierno la concediera el indulto de la sentencia que resulte, como en el caso de la mujer andaluza, secuestradora de sus propios hijos, condenada por la Justicia española y la italiana y amparada por el feminismo radical.

No obstante, independientemente de cuál sea la conclusión de la justicia humana, también confiamos en que, como se decía en la vieja fórmula de la Jura de la Bandera de nuestros tiempos de soldados, Dios se lo demande.

Tertulias

El quirigay de las tertulias políticas es a veces un brillo artificial de gallináceos que se creen pavos reales. Quieren saber de todo pero nada en ellos me recuerda la Florencia del Renacimiento

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Tu amigo interesantísimo, ya fallecido, el catedrático Jaime Delgado, que según cuenta Areilza en sus Memorias estuvo a punto de ser ministro y no lo fue acaso porque era tan interesante como extravagante, opinaba que la tertulia es un género literario. Se refería a las tertulias cultas, tan jugosas en parte del siglo XIX y hasta casi finales del XX. Escritores y pensadores sembraban en los cafés genio e ingenio orales. Ya no hay tertulias literarias como aquellas. Desaparecieron al ritmo en que las cafeterías fueron desterrando a los cafés. Todo va más aprisa.



Asistí cada tarde, desde mediados de los sesenta a entrados los setenta, a una de las últimas tertulias literarias con solera, la presidida por Gerardo Diego en el Gijón, nacida en la postguerra, a la que en mi tiempo acudían, entre

otros, José Hierro, Leopoldo de Luis, José García Nieto, Francisco Umbral, Enrique Azcoaga, José Luis Prado Nogueira, Luis López Anglada, a veces Fernando Fernán Gómez y Camilo José Cela cuando llegaba de Palma. Yo era el benjamín y me sentía como el monaguillo que se cuele en el Sacro Colegio Cardenalicio.

No me refiero ahora a esas fértiles tertulias literarias sino a las «de opinión», sobre todo a las televisivas. He participado en esas tertulias en radio y en televisión. Hace años durante varias temporadas asistí a la que dirigía Sardá en la SER; luego a la de Julia Otero en Onda Cero; con frecuencia a las de la vieja Intereconomía y esporádicamente a una en Telemadrid. Ahora de vez en cuando a la de Esparza en El Toro TV. Pero mi experiencia tertuliana no cambia lo que pienso. Respeto y sigo a los tertulianos y unas veces aprendo y otras me asombro y no precisamente para bien. Es natural.

A menudo la tertulia mediática es sinónimo de guirigay y en ella los participantes se quitan la palabra, lanzan ideas que solapan las demás y elevan el tono hasta hacerse ininteligibles. Rara vez el moderador –que comúnmente



opina tanto o más que sus invitados– logra hacerse con las riendas del debate. En nuestras casas muchos seguidores atentos nos hacemos un lío.

El tertuliano es escuchado como si se tratase de un sabio en todas las materias y no lo es. No puede serlo. He escuchado a un tertuliano rebatir a un ilustre médico

sobre medicina y a otro a un reputado economista sobre economía. Hay quienes siguen las tertulias como si lo que se dice en ellas fuese artículo de fe, pero los tertulianos, especie a la que ha dedicado sabrosos artículos mi viejo amigo Antonio Burgos, tienen sus opiniones que no valen más que las de quienes opinen lo contrario.

En las tertulias políticas hay que separar el grano de la paja. Uno escucha en ellas opiniones rigurosas y también juicios vacíos; muestras de inteligencia y memeces. La cuestión es si los receptores valoran unas y otras con rigor o dan idéntica credibilidad a lo acertado y a lo extravagante.

Las tertulias políticas permiten descubrir a los tertulianos que muestran y defienden su independencia del poder, del que manda en Moncloa, diferenciándolos de los que actúan de palmeros. Se ha hecho evidente en la era Sánchez. Un par de asistentes a una tertulia que sigo con interés son férreos defensores, hasta el ridículo, de lo que hace Sánchez, uno de ellos soberbia y descaradamente y el otro con sinuosidad inteligente. Son los que más cortan a sus compañeros y los que más se quejan cuando alguno de ellos les contradice. Son –o eran, ya no sé– buenos amigos míos, pero en estas apreciaciones no les otorgo el beneficio de la duda. No sé qué ganarán por su entrega perruna a

Sánchez, superando al «Bueno, muy bien ¿no?» de Xabier Fortes, un lametón histórico.

Me quedo con las viejas tertulias literarias donde brillaban con luz propia los ingenios de su tiempo. Y otros, cuando nos tocó, teníamos la fortuna de asistir a ese brillo. El guirigay de las tertulias políticas es a veces un brillo artificial de gallináceos que se creen pavos reales. Quieren saber de todo pero nada en ellos me recuerda la Florencia del Renacimiento. Yo tengo mis tertulianos clásicos a los que admiro. Pero son pocos.

El safari del doctor Sánchez

Sertorio (*El Manifiesto*)

Como Livingstone, el doctor Sánchez también se ha hecho célebre gracias a su extravío equinoccial, que, sin duda, consagra a Antonio el Africano como un estadista de la talla de Liz Truss. Primer presidente LOGSE de España, el doctor Sánchez se ha formado sin el lastre de la educación académica tradicional, sin la superstición elitista de la excelencia, sin el nefasto uso de la mnemotecnia. Nadie, en el sexto curso de primaria, fue tan cruel como para forzar en su tierno cerebro el estudio del mapa de África –ni el de España siquiera– con sus capitales de resonancias exóticas, con sus ingentes desiertos, con sus interminables ríos e insondables lagos, con sus inacabables sabanas e inexploradas selvas. La mente de un alevín de líder mundial es demasiado delicada como para torturarla con el aprendizaje de semejantes naderías, pues para eso está la Wikipedia, que sabe más que los maestros.



Que nuestro culto mandatario haya confundido la atlántica y francófona Senegal con la índica y anglófona Kenia no fue sino una sutil alusión a la unidad esencial de África, tergiversada como siempre por la prensa reaccionaria. ¿De verdad puede alguien pensar que un presidente que se rodea de 370 asesores de pago puede cometer semejante pifia? ¿Va a contratar nuestra administración a cientos de parásitos que no se saben ni el mapa de África para aconsejar al sagaz e inteligente Antonio¹ en política exterior? ¿De verdad se cree alguien que todo un doctor en Economía, que obtuvo su grado con

¹ Para los lectores hispanoamericanos (cada vez más numerosos, por lo demás, en nuestras páginas, ¡bienvenidos sean!) hay que explicar que el mote de «Antonio» le viene a Pedro Sánchez de lo siguiente. En un viaje oficial realizado no hace mucho a Italia, Mario Draghi, el tecnócrata expresidente del Consejo de Ministros italiano, le agradeció a Sánchez su burocrática intervención con un «Grazie, Antonio». Se ignora si lo hizo intencional o equivocadamente (N. de la R.).

una brillante y original tesis, va a ser tan ignorante, tan bodoque, tan pazguato, tan ceporro, tan tarugo que no sepa ni en qué país del mundo acaba de aterrizar? Eso sería como pensar que nos gobierna una patulea de botarates y de indigentes mentales que no sabrían gestionar ni un puesto de castañas... Lejos de nosotros la funesta manía de pensar que las urnas se equivocan. No, cada pueblo elige los gobernantes que se merece. Y los españoles somos unos demócratas ejemplares: aquí hay igualdad de oportunidades, aquí cualquiera puede ser presidente.

Pero dejemos la anécdota y vayamos a las categorías: como África empieza en los Pirineos, es normal que España tenga intereses vitales en esa región; Sánchez, con su bismarckiana habilidad, ha realizado una intensa política africana y ha conseguido lo imposible, poner de acuerdo a Marruecos y a Argelia en su enemistad con España, logro realmente difícil, no visto en nuestra alta política ni en los tiempos de Ugarte, de Chamorro, del marqués de Labrador y demás lumbreras de la camarilla de Fernando VII.

El gas argelino, la perpetua mala voluntad de Marruecos, las aguas territoriales de Canarias, los flujos migratorios, el terrorismo wahabí y las relaciones con países de peso geoestratégico creciente como Sudáfrica, Angola, Egipto o Etiopía deberían forzarnos a estudiar el mapa del continente vecino y en



contrar socios con los que compartamos intereses, negocios y, por supuesto, enemistades: Argelia y Mauritania, por poner dos ejemplos. Antes de que Antonio «arreglara» el conflicto del Sáhara, el primero de estos países nos proporcionaba a buen precio el gas natural imprescindible para que nuestro país funcione.

Además, es un enemigo mortal del sultanato de Marruecos. La alianza con Argel debería ser una de las constantes de la política exterior española en toda circunstancia, siempre que nuestra diplomacia se guiara por los intereses de la nación y no por los de París, Bruselas o Washington. Lo mismo sucede con Mauritania, esencial para controlar los flujos migratorios hacia las islas Canarias y bastión contra el expansionismo marroquí en el Sáhara. Sólo nuestra condición ancilar respecto a Francia y los intereses de algunos empresarios impiden que España ejerza una política exterior propia, es decir, nacional, que defienda la integridad de su territorio frente a una de las dos amenazas evidentes contra nuestra seguridad: Marruecos (Por supuesto, la otra amenaza son los propios españoles).

O, por poner otro ejemplo, en el Golfo de Guinea hay un país hispánico que, gracias a nosotros, gravita hacia la órbita de la francofonía: Guinea Ecuatorial, nación que «flota» sobre una enorme bolsa de petróleo y que podría ser un socio excelente en un territorio de África donde nuestra influencia es nula. ¿No deberíamos sostenerlo, mimarlo y ayudarlo? ¿Y Sudáfrica? ¿Y Egipto?... Por su posición geográfica, España necesita una política africana eficiente y

activa, centrada primero en nuestros intereses estratégicos y, luego, en los empresariales. Pero nuestro país debe dejar de ser una colonia para que semejante fenómeno se produzca. Antonio se ha puesto a ello con los felices resultados de todos conocidos, aunque eso le distraiga de su trascendente proyecto personal, cuya gloria, sin duda, reverberará sobre todos nosotros, súbditos felices de la inigualable era de su gobierno. Mientras, Marruecos consigue poco a poco sus objetivos gracias a la colaboración de nuestros estupendos y fieles aliados, Francia, Alemania y Estados Unidos, que son quienes orientan la eficaz diplomacia del doctor Sánchez.

A Sánchez le doblan el brazo

«Cuando el presidente se sienta en una mesa de diálogo, tiene que sostener las presiones de los que le han llevado a La Moncloa y allí le permiten seguir»

Esperanza Aguirre (*El Subjetivo*)

El otro día, en un programa de una televisión inequívocamente de izquierdas y muy partidario de Sánchez y su Gobierno socialcomunista, me preguntaron si no me parecía a mí que a Feijóo le habían doblado el brazo los sectores más radicales del PP y de Vox a la hora de interrumpir las negociaciones con el PSOE para renovar el CGPJ.

Mi respuesta venía dada por la misma metáfora que había usado mi interrogador. El que llega a cualquier negociación –y no sólo a las que se refieren al Poder Judicial– con el brazo ya doblado es el propio Sánchez.

Para empezar es un político carente de credibilidad, y esto es una forma suave de decirlo. Porque la realidad es que Sánchez es un mentiroso acreditado y documentalmente demostrado. Ha mentido a todo el mundo y siempre. Desde



su famosa tesis hasta sus radicales afirmaciones acerca de la incompatibilidad somnífica que le producían los comunistas de Podemos, que se demostraron una mentira flagrante para engañar a los electores. Y no digo nada de la contumacia con que negó su disponibilidad para llegar a acuerdos con los que ahora defienden

lo que ha sido y sigue siendo ETA, para, a continuación ceder a casi todas sus pretensiones, con Grande-Marlaska de peón dedicado en cuerpo y alma a proporcionar alivio y felicidad a los peores asesinos.

Un mentiroso en política es lo peor que puede haber. El político que miente, aunque sólo sea una sola vez, debería quedar descalificado para siempre.

Así ocurre en el mundo anglosajón, y ahí tenemos reciente el caso de Boris Johnson, al que sus mentiras son las que se lo han llevado por delante. O el

histórico caso de Richard Nixon, que tuvo que dejar la presidencia de los Estados Unidos por sus mentiras cuando el famoso Watergate. Desgraciadamente, aquí no pasa lo mismo y tenemos a un presidente del Gobierno que no se avergüenza de gobernar con aquellos con los que aseguró a los ciudadanos que nunca gobernaría.

Claro que todos, incluso los políticos, podemos cambiar de opinión. Yo diría más, es muy saludable que, si las circunstancias cambian, también cambie- mos de criterio y de opinión. Pero no ha sido este el caso, además de que, cuando se produce ese cambio, es imprescindible explicar bien a los ciuda- danos por qué antes se decía una cosa y después se dice la contraria. Por ejemplo, por qué a Sánchez le quitaba el sueño pensar en «podemitas» en el Gobierno y luego le entusiasman.

Pero no voy a insistir en su condición de mentiroso. También, cuando llega a las negociaciones y a las conversaciones con la oposición, viene ya con el brazo doblado por el peso de sus apoyos. A veces se olvida que es el presi- dente del Gobierno de España con menos apoyo popular directo de la histo- ria: sólo 120 diputados. El resto son los que le apoyan para que sea su Fran- kenstein. Y eso quiere decir que, cuando se sienta en una mesa de diá- logo, su brazo tiene que sostener las pretensiones de los que le han lle- vado a La Moncloa y allí le permiten seguir.

Y estos socios tienen, todos ellos, el objetivo final de acabar, no sólo con el régimen de la Constitución del 78, sino, en muchos casos, piénsese en independentistas y filoterroristas, acabar con la misma existencia de España.



De manera que todo lo que diga y haga Pedro Sánchez estará siempre man- chado por ese vicio de origen, es decir, por la presión de sus socios para que todos sus actos de gobierno sean pasos en la dirección que ellos marcan, la de la destrucción del régimen del 78 y, al final, de la España que el mundo conoce desde hace 3.000 años (D. Antonio Domínguez Ortiz dixit).

Todo esto ni es nuevo ni es desconocido, y a pesar de todo, el PP de Feijóo, para demostrar su buena y decidida voluntad de llegar a acuerdos beneficio- sos para los españoles, se sentó a la mesa de negociación, haciendo como que no tenían en cuenta que enfrente sus interlocutores estaban con el brazo do- blado por sus hipotecas con Frankenstein y por sus innumerables mentiras.

Pero todo tiene un límite y comprobar que todo lo que los socialistas decían en esa mesa era humo para esconder cesiones radicales a los independentis- tas fue la gota que colmó el vaso. Por supuesto que la estrategia de Sánchez, no sólo porque se lo exigen sus socios, sino también porque a él le gusta, es la de hacerse con unos tribunales, empezando por el Constitucional, de ami- guetes que sancionen lo que a él se le vaya ocurriendo para caminar hacia ese terrorífico objetivo final. Y por supuesto que esto lo sabemos todos los

que contemplamos su trayectoria. Pero es de agradecer a Feijóo que, a pesar de todo, intentara ese diálogo, porque así ha quedado aún más demostrado cuál es el fondo y la forma del comportamiento de Sánchez y su Frankenstein.

Ahora sólo falta que lo sepan explicar bien a la opinión pública. Tarea difícil, teniendo en cuenta el control absoluto que la coalición sanchista-podemita-separatista-bilduetarra tiene sobre los medios de comunicación, pero a esa tarea Feijóo y el PP no pueden ni deben renunciar.

El manicomio globalista

Tenemos la desgracia de sufrir unas élites lunáticas y dementes.

Alonso de Mendoza (*La Gaceta de la Iberosfera/El Manifiesto*)

Las élites occidentales no están equivocadas. Están locas. Someter el cuerpo de un niño sano a cambios hormonales irreversibles no es una idea radical, es un disparate de tomo y lomo. Derribar centrales térmicas y embalses en plena crisis energética y de sequía no es una medida errónea, es un acto demencial. Prohibir los productos contra las plagas mientras anuncias que Europa se dirige a una hambruna no es una mera equivocación, ni siquiera una estupidez; es un atentado contra el más elemental sentido común.

No, nuestras élites no son un grupo de inútiles sin remedio. O no todas. Tampoco son necesariamente malvadas. Simplemente, tenemos la desgracia de sufrir unas élites lunáticas y dementes. Porque el malvado deja de hacer el mal cuando consigue sus objetivos, pero el loco nunca deja de hacer locuras.



Y en esas estamos, en una espiral de locura permanente.

¿En qué cabeza cabe, si no, que a las puertas de una crisis económica sin precedentes, un jefe de gobierno salga a la palestra y anuncie alegremente que va a regalar 130 millones de euros del sufrido contribuyente a un tipo cuya fortuna supera el PIB de una potencia petrolera como Kuwait?

Hace no muchos años, ningún cargo público habría sobrevivido políticamente a algo así (y hace unos pocos más, tampoco lo habría hecho físicamente). Pero ahora se hacen esos anuncios mientras te disparan la cuota de autónomo y suben los impuestos. Y va a peor.

No hay día que no se cometa o se anuncie un nuevo disparate. No hay día que no se rice el rizo del disparate anterior. De hecho, cuando estás intentando digerir su última locura, te aparecen con otra todavía peor. Es como ese *reality show* que lleva siglos en antena y que se ha emitido en todos los formatos posibles: en una casa, en una isla, en un hotel, debajo de un puente, etc. En él,

los productores buscan desesperadamente nuevas fórmulas para escandalizar al público y para ello se dedican a poner a prueba la salud física, mental y emocional de los concursantes, a los que humillan y desprecian incitándoles –cuando no obligándoles– a cometer las peores indignidades.

En el manicomio globalista, esos concursantes somos nosotros, el pueblo llano, la gente normal. Hoy toca comer albóndigas de gusano, mañana embarcarse en una relación «poliamorosa» y pasado hacer un cursillo homologado para adoptar un «perrhijo». Como en los realities de televisión, la locura cada vez tiene que ir a más. Porque las locuras anteriores aburren. Es una revolución permanente.

La sola idea de que el hombre puede alterar artificialmente el clima de un planeta –y hacerlo nada menos que por decreto del parlamento– nos indica el nivel de desvarío que se ha alcanzado. Es un delirio de tal calibre que cuesta creer que haya calado tanto, sobre todo en una época que reniega de los dioses y dice guiarse sólo por la razón. Pero así están las cosas. Así piensa una clase dirigente que ha acumulado tanto poder y está tan presa de su soberbia que no sólo ha perdido el contacto con la realidad, sino que nos lo quiere hacer perder al resto por ley.

Inauguración monumento a la Legión

Rafael Dávila Álvarez (Blog: *generaldavila.com* 4.11.2022))

General Jefe de la Brigada de la Legión «Rey Alfonso XIII» entre 2001 y 2004.

Han aparecido varias informaciones confusas e inexactas sobre la inauguración el próximo día 8 de noviembre del monumento a la Legión española instalado en la calle Vitruvio de Madrid.

Como es un tema tratado en varias ocasiones en este blog conviene dar la información exacta sin errores ni intenciones que no sean el bien de la Legión y las Fuerzas Armadas.

El que es asiduo lector del blog sabe de lo que hablamos y aquí puede encontrar información precisa y rigurosa del acontecer legionario de ahora y de otros tiempos.

Se ha dado a entender que el ministerio de Defensa y el Ejército de Tierra se habían desvinculado de tal inauguración convirtiéndose en un acto exclusivamente civil. No es así por lo que conviene dejar las cosas claras.

Como todos saben el monumento ha sido obra llevada a buen término entre la Fundación Museo del Ejército y el Ayuntamiento de Madrid gracias a una campaña popular de donaciones.



El Ejército de Tierra, como no podía ser de otra manera, estará representado y presidirá su participación el general Jefe de Acuartelamientos del Ejército junto al general Jefe de la Brigada de La Legión «Rey Alfonso XIII» y los coroneles de los cuatro Tercios de la Legión.

El Ayuntamiento de Madrid y la Fundación Museo del Ejército dirán, con el asesoramiento consiguiente, el protocolo a seguir, pero en ningún caso el Ejército dejará de estar presente en un acto de la importancia que este tiene y que plasma el sentido más legionario de proximidad y cariño del pueblo. La unidad más popular del Ejército español: la Legión. Ahí estará el general Jefe y sus coroneles que no serán ellos sino sus legionarios, único valor que tiene la Legión. Un caballero legionario lo es todo y a nadie más que a su compañero necesita, junto al amor de su pueblo.

Querer politizar un acto de este calibre no es bueno ni se ha pretendido en ningún momento, sino todo lo contrario y soy consciente y sabedor de lo que digo.

Dicho queda.

¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Viva la Legión!
